

Resumen del artículo

Partidos-empresas y representación política en las democracias neoliberales

Parties-Companies and Political Representation in Neoliberal Democracies

Pablo Carlos Rojas Gómez

Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. SNII Candidato, México
pablo.rojas@politicas.unam.mx

 <https://orcid.org/0000-0003-2483-0554>

Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por El Colegio de Morelos y doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México

Recibido: 6 de junio de 2025
Aprobado: 6 de octubre de 2025

Resumen

Si bien se ha entendido a la democracia como un concepto uniforme que no cambia, realmente no es así. Lo que se plantea en este artículo es que la democracia liberal representativa se ha reinventado en los últimos años, dando lugar a una democracia neoliberal que se sustenta en una lógica mercantil, convirtiendo a los partidos en empresas, a los candidatos en productos, al voto en moneda de intercambio y a las campañas electorales en maniobras de marketing y venta. En ese sentido, el objetivo de este artículo es reflexionar sobre esa modificación y sobre el impacto que ese fenómeno ha provocado en la relación de representación, pues los partidos políticos se abocaron a representar exclusivamente a los grandes capitales transnacionales financieros, trayendo como consecuencia crisis de legitimidad y hegemonía.



Palabras clave: democracia, representación, partidos políticos, neoliberalismo.

Para alcanzar los objetivos se realizó una revisión de bibliografía especializada en términos clásicos y contemporáneos para ubicar las transformaciones conceptuales y hacer una propuesta original al respecto. De esa manera, el principal hallazgo y aporte de este trabajo es identificar el vínculo entre conceptos como democracia, representación, neoliberalismo y partidos políticos en la actualidad, identificando un nuevo tipo que aquí se ha denominado como partido-empresa neoliberal.

Abstract

Although democracy has been understood as a uniform concept that does not change, this is not the case. What is proposed in this article is that representative liberal democracy has reinvented itself in recent years, giving rise to a neoliberal democracy that is based on a mercantile logic, turning parties into companies, candidates into products, votes into currency for exchange, and electoral campaigns into marketing and sales maneuvers. In that sense, the objective of this article is to reflect on that modification and on the impact that this phenomenon has caused in the relationship of representation, since political parties have focused on representing exclusively the great transnational financial capitals, resulting in a crisis of legitimacy and hegemony.

Keywords: democracy, representation, political parties, neoliberalism.

To achieve the objectives, a review of specialized literature was carried out in classical and contemporary terms to locate the conceptual transformations and make an original proposal regarding this. In this way, the main finding and contribution of this work is to identify the link between concepts such as democracy, representation, neoliberalism, and political parties today, identifying a new type that has been termed here as the neoliberal business-party.

Introducción

Aunque la democracia se ha entendido como un concepto uniforme, lo cierto es que su definición no ha sido permanente e inalterable ante el paso de los años, pues además de ser un concepto, también es un proceso social e histórico que ha cambiado a partir de las ideologías políticas en disputa, de las correlaciones de fuerzas, de los modos de producción y de la diversidad de visiones culturales del mundo. De la noción griega a la perspectiva liberal hubo un largo trecho que reconfiguró la organización política, comenzando por la transición del pensamiento monárquico a la idea del contrato social de grandes pensadores de la modernidad que modificaron la perspectiva greco-romana y propusieron una actualización que se convirtió en la base de sustento para derribar a la monarquía y su idea de rotación en el poder como parte de una intervención directa de un dios. Los contractualistas plantearon entonces la necesidad de visualizar al pueblo como el detentador de la soberanía, para de ese modo, promover que desde ahí se eligiera al gobierno y se garantizara la rotación del poder en el plano terrenal y no en la esfera religiosa en la que los plebeyos no podrían intervenir.

La modernidad acuñó la democracia liberal representativa, colocando el voto en el centro de la organización política, como un mecanismo esencial para la elección de los gobernantes y representantes. De esa manera, se requirió la institucionalización de las elecciones y las votaciones para poder garantizar la disputa pacífica por el acceso al gobierno, estableciendo con ello un nuevo mecanismo de legitimidad más allá de lo divino e impulsando que los mismos ciudadanos se convirtieran en los electores del poder político. Para la organización de los distintos sectores sin mediación de la violencia física emergieron los partidos políticos, que aunque eran mal vistos al principio por ser considerados una división de las sociedades al estilo de las

sectas, posteriormente se desarrollaron hasta convertirse en partes sociales que al mismo tiempo que organizaban la disputa institucionalizada por el acceso a los cargos del poder, articulaban sentidos comunes de grupos sociales que pugnaban por ser representados al interior del Estado.

Con el voto y los partidos, la democracia liberal se robusteció y se hegemonizó durante varias décadas; sin embargo, con el encumbramiento del neoliberalismo económico, la democracia nuevamente se reconfiguró y adoptó una forma también neoliberal, que ha tenido por principal eje articulador la mercantilización. Partiendo de la idea de que el mercado es el campo privilegiado de la libertad, el voto se convirtió en una moneda de intercambio, los partidos se volvieron empresas compitiendo entre ellas y los ciudadanos devinieron en consumidores dispuestos a elegir entre las distintas opciones habidas en el mercado democrático.

El objetivo de este artículo es reflexionar acerca de la emergencia de la democracia neoliberal, debatiendo con la idea de que la democracia y el neoliberalismo son dos cosas ajenas una de la otra. En ese sentido, se procura detallar teóricamente la articulación conceptual que tuvo lugar, además de que se buscará indagar en el papel que ha tenido el surgimiento de la democracia neoliberal en la crisis de hegemonía que se vive en nuestros días. La metodología empleada se basó en una revisión bibliográfica de textos especializados clásicos y contemporáneos, la cual se llevó a cabo en la elaboración de mi tesis doctoral “Crisis de representación política de los partidos neoliberales en México”, en la que realicé un balance de la situación de los partidos políticos en el país a partir del análisis de las fluctuaciones en las votaciones presidenciales, legislativas y de los poderes ejecutivos estatales entre 1994 y 2024. A partir de ese estudio, desarrollé un marco teórico que incursionó en la vinculación entre los conceptos de *democracia*, *representación política* y *partidos políticos* bajo la necesaria actualización de la especificidad histórica neoliberal.

De esa manera, la metodología empleada se remitió primero al análisis de aquellos conceptos en los trabajos de tres clásicos: Thomas Hobbes, John Locke y Juan Jacobo Rousseau. Posteriormente, se realizó un reco-

ruido por los cambios históricos de los partidos políticos y la democracia bajo la irrupción del neoliberalismo en el mundo. Aunque las reflexiones están encaminadas a pensar México, también pueden ser útiles para el análisis regional de otros países de América Latina, con quienes nuestro país comparte un vasto universo conceptual.

En ese sentido, el argumento central plantea que la desigualdad y la exclusión promovida por la democracia neoliberal ha provocado una crisis de representación por parte de los partidos que fungen como empresas paraestatales de manera simbólica. La crisis de representación recae entonces en la crisis de la hegemonía de los partidos neoliberales y de su modelo mercantil de democracia, ya que se ha promovido un acceso desigual en temas de política, pues hay quienes pueden pagar más para promover ideas en comerciales o despegados, a la par de que existen personas que no poseen dinero y son excluidas de la disputa más allá del voto.

El nacimiento de la democracia liberal en el marco del pensamiento moderno

Si bien la perspectiva del “gobierno del pueblo y para el pueblo” proviene de Grecia y se adaptó posteriormente durante la República Romana, con el surgimiento del Imperio, la noción republicana de democracia quedó fuera de la organización del Estado durante muchos años. Fue hasta la fragmentación del Imperio que resurgieron las repúblicas italianas en lugares como Venecia y Florencia, aunque lo hicieron de manera particularizada y aislada, sin unificación nacional y sin capacidad para generalizarse al resto de Europa, pues la mayor cantidad de países estaban gobernados por regímenes monárquicos y aristocráticos que de ningún modo permitían la incursión del pueblo a la toma de decisiones.

Es hasta las revoluciones burguesas de la modernidad que la democracia se erigió nuevamente en un planteamiento posible, gracias a los antecedentes ideológicos del contractualismo de pensadores como Thomas Hobbes, John Locke y Juan Jacobo Rousseau, que esgrimieron la necesidad de legitimar al

1 Thomas Hobbes, *El Leviatán* (México: Fondo de Cultura Económica, 1980).

2 John Locke, *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil. Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del Gobierno Civil* (Bogotá: Tecnos, 2006).

3 Juan Jacobo Rousseau, *El contrato social o principios de derecho político* (México: Porrúa, 1982).

4 Rousseau, *El contrato social*, 10.

Estado por medio de pactos sociales. En 1651, Thomas Hobbes postuló su idea del Leviatán,¹ que sin contraponerse a la existencia de un dios cristiano, sí establecía la necesidad de separar los asuntos terrenales de los divinos, dando pie a reconceptualizar al Estado moderno, arguyendo que los y las humanas tendrían que organizarse más allá del terreno divino.

Aunque John Locke² se diferenció de Hobbes al distinguir entre el *estado de naturaleza* y el *estado de guerra*, lo cierto es que continuó la línea de que la única forma de evitar el uso de la fuerza unilateral era la construcción de un Estado civil que emanara de un contrato social en el que se delegaría una parte del poder para que un ente mayor ejerciera el uso de la violencia de manera legítima. En 1762, Jacobo Rousseau partió del mismo punto refinando el concepto de *contrato social*³ hasta llevarlo al plano de la democracia liberal-burguesa moderna. Al ser un ilustrado y revolucionario, pudo plantear un nuevo ángulo de análisis mucho más radical y profundo: para él la obediencia no sería algo natural; todo lo contrario, lo natural sería la libertad de los individuos para elegir su propio modo de gobierno.

La democracia liberal propuesta por Rousseau se basó en un modelo en el que el Estado tendría que ser fruto de un gran acuerdo entre los diversos integrantes de una sociedad para que la obediencia se convirtiera en un acto de legitimidad consensuada. La democracia tendría que surgir en medio de la libertad individual para poder rotar a los gobernantes, sin que ello se convirtiera en una lucha a muerte por el poder. Para el autor, la formulación de un contrato social que pudiera dar vida al Estado tendría que ser un acto de asociación libre, con el que se pudiera convenir la obediencia, pero no a través de la fuerza sino a través del consenso voluntario.⁴

A partir de entonces, la democracia liberal conformó al Estado a través del consenso que fue entendido como la elección de representantes que detentan el poder soberano del pueblo y de los ciudadanos. El voto se constituyó, entonces, como una herramienta para la elección de los representantes y la conformación del Estado. Hobbes, Locke y Rousseau plantearon así las bases del contractualismo moderno que reestructuró la perspectiva grecoromana de la democracia bajo una lógica de suma de individuos para establecer

los gobiernos civiles. En ese sentido, se demuestra que con el pensamiento moderno cambió nuevamente el concepto de democracia heredado por Grecia y Roma hacia una forma representativa y contractual.

Los resultados posteriores al pensamiento ilustrado son de todas y todos sabido: triunfó la Revolución francesa, la monarquía fue llevada ante la guillotina y aunque después se instalaría el imperio de Napoleón, lo cierto es que por primera vez en la historia se experimentó el sabor de la democracia liberal. La hegemonización de la burguesía y el desplazamiento de la aristocracia expresó también la transición entre feudalismo y capitalismo, ya que el empoderamiento de las burguesías que habitaron las periferias de las ciudades (en ese entonces nombradas como burgos) acumularon tanto poder económico a raíz de su actividad comerciante que influyeron en el poder político. Por esa razón, la democracia liberal se encontró estructuralmente vinculada al poder de las burguesías emergentes, lo que estuvo impregnado en su esencia desde el principio.

Si en el anterior modo de producción la monarquía era la forma de gobierno primordial, en el capitalismo se articuló la democracia liberal que planteó entonces la formulación jurídica e ideológica de ciudadanos individuales y omitió la existencia de clases sociales, llegando así a generar una medida igualadora en la que si todos valían lo mismo, se podía ejercer el voto.⁵ No serían las clases votando en bloque sino los individuos quienes podrían elegir a sus gobernantes, sin que ello pusiera en entredicho la organización económica de fondo.

Aunque los contractualistas delinearon poco acerca del papel del voto y mucho menos abordaron el tema de los partidos políticos, lo cierto es que con su idea del contrato social sentaron las bases para que la disputa del poder no tocara la esfera de la economía y el modo de producción, sino que se centrara en el marco del campo de la política y las instituciones. De esa manera, el Estado se convirtió en la arena para la elección de los gobernantes, sin trastocar las relaciones de propiedad, que fueron relegadas al marco de la libertad de comercio y producción.

Con la derrota de la monarquía y el triunfo de la burguesía se procedió a establecer un nuevo método de organización de los regímenes políticos, y tomó fuerza la necesidad de establecer las reglas de los mecanismos de

5 René Zavaleta, “Cuatro conceptos de la democracia [1981]”, en *René Zavaleta Mercado. Ensayos 1975-1984*, obra completa II, ed. por Mauricio Souza (La Paz: Plural, 2013), 518-521.

6 Bernard Manin, *Los principios del Gobierno Representativo* (España: Alianza Editorial, 1998).

elección de los gobernantes. Si antes era dios quien decidía quién debía gobernar en un orden hereditario de familias, una vez que se decidió que el pueblo como soberano tendría que definir la elección, se procedió a proponer las votaciones como principal instrumento de rotación de las personas en el gobierno. Ahora la decisión no residiría ni en el campo de lo divino ni en el estado de guerra del más fuerte, sino en la decisión de la suma de individualidades. Después de varios años y a través de diversas experiencias el voto terminó primando por encima del azar.⁶

Aunque en un principio la democracia y las votaciones se restringían solamente a los hombres propietarios, posteriormente, con la eliminación de la esclavitud y la proliferación del capitalismo, se permitió el voto para el resto de los hombres, ocultando las divisiones de clase y promoviendo la idea de la libertad individual. Ese ejercicio, sin embargo, continuó restringiéndose en términos de género para evitar el voto femenino. Fue hasta después de décadas de lucha de las mujeres sufragistas que se legalizó el voto universal incluyendo también a las mujeres. Con el acceso de todas las personas al voto se amplió la cobertura de la democracia y, con ello, incrementó la legitimidad de aquel método de rotación del poder. A partir de entonces, las personas dejaron de concentrarse en la disputa por medio de la violencia y se volcaron a la organización política para competir a través de la confrontación electoral.

7 Zavaleta, "Cuatro conceptos", 516-518.

El voto se convirtió en el principal instrumento para que los ciudadanos pudieran incluirse en la organización de la democracia, pero también se volvió la máxima herramienta de representación política. Como bien planteó en su momento René Zavaleta,⁷ la democracia se convirtió en una actividad que permite que el Estado conozca lo que sucede en la sociedad, al igual que las masas pueden reconocer la articulación del poder estatal. Las elecciones recaban las opiniones de los gobernados y les dan salida en la representación política, pues de esa manera, los gobernantes pueden atraerse una mayor cantidad de votos.

El voto como unidad cuantificable expresa no solo el apoyo de la persona ciudadana al candidato que le parece mejor, sino al candidato que

le representa más. En ese sentido, gana quien logre convencer a más personas de que su proyecto es el mejor, pero también quien logra convertirse en la persona que mejor representa a la mayor proporción de la ciudadanía. La democracia liberal logró establecerse como un ejercicio de la representación política gracias al voto como instrumento hegemónico de elección ciudadana. Con ello, el gobierno logra la suficiente legitimidad para hacerse obedecer, aún por los perdedores, pues representa el predominio cuantitativo de una mayor cantidad de personas.

Con la consolidación del voto como eje de la representación política surgió una nueva necesidad: la competencia por alcanzar la mayor cantidad de votos requirió de nuevas organizaciones sociales capaces de recaudar simpatías e institucionalizar la disputa pacífica en las elecciones ciudadanas. De esa manera, proliferó la creación de los partidos políticos en su concepción moderna. Si bien en un principio los partidos se pensaron como algo negativo, siendo considerados como sinónimo de sectas que dividían a la sociedad, lo cierto es que con el paso de los años, se convirtieron en grandes mediaciones de representación política entre Estado y sociedad civil, pues permitieron articular a las personas en torno a objetivos, visiones de mundo y proyectos afines.

Los partidos políticos se hicieron esenciales para institucionalizar la diferencia y lograr representar los distintos intereses en pugna, eludiendo las confrontaciones de la guerra; pero también para representar dentro del Estado las demandas de los diversos sectores sociales. De esa manera, dejaron de ser concebidos como sectas y pasaron a ser considerados como múltiples partes de la sociedad⁸ que contenían demandas y proyectos de grupos amplios que pugnaban por lograr su representación en las decisiones estatales. La disputa entre partidos finalmente se legalizó como método para alcanzar los distintos cargos de los gobiernos y también los escaños legislativos, ocupando de esa manera un lugar primordial en la canalización de exigencias sociales y en la representación política.

Aunque en la actualidad los partidos políticos atraviesan por una profunda impugnación y descrédito entre las sociedades del mundo, conti-

8 Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos. Marco para un análisis* (España: Alianza Editorial, 2005), 28-30.

9 Juan Carlos Monedero, “Estudio introductorio”, en *Democracia y cartelización de los partidos políticos*, de Richard Katz y Peter Mair (España: Catarata, 2022).

10 Fareed Zakaria, “The Rise of Illiberal Democracy”, *Foreign Affairs* 76, núm. 6 (1997), <https://doi.org/10.2307/20048274>.

núan siendo imprescindibles, ya que no se ha encontrado un nuevo modo de organizar la disputa pacífica para elegir a los gobernantes y representantes en la misma dimensión en que lo hacen los partidos políticos.⁹ A pesar de su crisis de credibilidad, siguen al centro de la representación. Por donde se les vea, ocupan un lugar fundamental en la organización de la lucha electoral contemporánea, y aunque en casos como el mexicano existen mecanismos como las candidaturas independientes, los partidos políticos continúan jugando un papel central en las elecciones.

De la democracia liberal a la democracia neoliberal: la mercantilización y el cambio en el papel de los partidos políticos

Como se pudo apreciar en el apartado anterior, el concepto de democracia no ha permanecido uniforme; ha cambiado a lo largo de la historia, pues si bien ahora se piensa que democracia y liberalismo son sinónimos, lo cierto es que uno y otro tienen sus propios desarrollos históricos.¹⁰ El liberalismo burgués surgió en el siglo XVIII y se convirtió en el eje de articulación de la lucha contra la monarquía. La burguesía emergente abanderó la libertad para oponerse al despotismo aristocrático y se apropió de esa manera de la democracia como forma de gobierno del pueblo, con el fin de derrumbar los pilares de la herencia familiar del rey a su primogénito, situándose como una suerte de mito fundacional. En ese tenor, el liberalismo surgió particularmente de la mano de la modernidad, de la ilustración y de la irrupción de las revoluciones burguesas que declararon la noción de libertad individual, igual y fraterna como guía.

Aquella situación perduró y se expandió a lo largo de los siglos XIX y XX hasta convertirse en la vertiente hegemónica; sin embargo, con la crisis económica de la década de los 80, el concepto de democracia nuevamente sufrió una modificación profunda, de tal manera que la neoliberalización no solo se desarrolló en el plano económico, sino también en el plano político, pues al pasar de la libertad de los individuos a la libertad plena de los mercados se redefinieron los antiguos parámetros liberales del Estado a tal

punto que la mercantilización se impuso en todos los órdenes de la sociedad bajo la idea de la “libre elección” de quien consume.

La nueva liberalización no solo implicó una reestructuración de los mercados capitalistas a nivel mundial, sino que también reconfiguró a los Estados nacionales y los mapas del poder político. Los nuevos bloques dominantes relegaron a los capitales industriales nacionales, y su conducción pasó a manos de las grandes burguesías transnacionales financieras.¹¹ Aunque se ha creído lo contrario, lo cierto es que la hegemonía del mercado no se restringió exclusivamente al plano económico, sino que también alcanzó el campo político y cultural, reconfigurándolos bajo el apremio de la ganancia y la acumulación. Así, se mercantilizó el arte, la educación, la salud y también la democracia.

El origen de la democracia neoliberal es una actualización de la democracia liberal bajo términos de una mercantilización exacerbada, pues si bien en la primera se constituyó el voto individual como medida igualadora,¹² en el marco de la democracia neoliberal ha imperado la noción de la libertad de elección propia de la definición mercantil en un contexto de desigualdad económica. La mercantilización ha avanzado bajo el argumento de que el Estado es sinónimo de autoritarismo y control, mientras que el mercado se percibe como un campo de libertad e igualdad¹³ donde los individuos pueden elegir de manera racional entre los distintos productos en un campo libre de posibilidades.

Aunque el voto se mantuvo en el centro de la representación política, el método para detentarlo se afianzó en el margen de la competencia del libre mercado. Los partidos políticos se convirtieron en las empresas del mercado político; las campañas electorales se volvieron operaciones de marketing para vender mejor a las personas candidatas; el voto se hizo equivalente al dinero como medida de intercambio por productos vendibles; las personas votantes pasaron a ser consumidoras, y las personas candidatas transitaron a ser mercancías que había que maquillar y arreglar para vender mejor. De esa manera, “el neoliberalismo se convirtió en la ideología política dominante de nuestra era, de la mano del ‘consumidor soberano’, que lo mismo compra un artículo o servicio, que un prospecto político, ejerciendo su libertad”.¹⁴ Como bien enunció Niklas Olsen en una entrevista que le concedió a Daniel Zamora:

11 Pablo Rojas, “La formación del Estado neoliberal en México”, Revista El Banquete de los Dioses, núm. 15 (2024), <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/ebdld/article/view/9890/8859> (consultada el 27 de abril de 2026).

12 Zavaleta, “Cuatro conceptos”, 514-515.

13 Friedrich Hayek, *Camino de servidumbre* (España: Liberty Found-ElCato, 2008), 71.

14 Margarita Favela, “Después del COVID-19, ¿está realmente agotado el enfoque neoliberal sobre la democracia?”, Revista Tlatelolco: Democracia Democratizante y Cambio Social 1, núm. 2 (2022): 67, https://puedjs.unam.mx/revista_tlatelolco/wp-content/uploads/2023/01/03.pdf (consultada el 27 de abril de 2026).

15 Daniel Zamora, “Cómo el neoliberalismo reinventó la democracia. Entrevista a Niklas Olsen”, *Nueva Sociedad*, núm. 282 (2019), <https://nuso.org/articulo/como-el-neoliberalismo-reinvento-la-democracia/> (consultada el 27 de abril de 2026).

16 Zamora, “Cómo el neoliberalismo”.

Al hacer un paralelo directo entre la elección en el mercado y en el cuarto de votación, los neoliberales no solo retrataron a los consumidores soberanos como los principales impulsores del capitalismo y la democracia liberal, sino que también describieron la elección diaria en el mercado como el auténtico motor de la representación y la participación individual en la sociedad. La elección entre ‘productos’ disponibles se convirtió en el enfoque central para la actividad política.¹⁵

Lo dicho por el historiador danés da cuenta de que se ha venido desarrollando una vinculación directa entre el campo de la política y el de la economía. Los neoliberales trasladaron los mismos parámetros de su dogma económico al plano de la política, bajo el imperativo de que la elección de consumo podría significar una ampliación de la libertad individual también en el seno del Estado. Lo que no se dijo es que con esa acción

los neoliberales querían limitar los mecanismos de la política tradicional en nombre de la democracia de mercado, que se enfoca en la elección del consumidor y el mecanismo del precio. Esta ambición se refleja en la construcción de instituciones internacionales que se han inmunizado contra la presión de la democracia de masas a fin de proteger el orden del mercado.¹⁶

Dicho de otra manera, la democracia neoliberal se acotó al marco de las disputas mercantiles y, por tanto, de las relaciones capitalistas de intercambio y de producción. Ello, desde luego, redujo la participación de la ciudadanía en la democracia y propició que esta quedara relegada a los márgenes del dominio de los más poderosos económicamente hablando, ya que son ellos quienes pueden influir más en las decisiones políticas, gracias al dinero que tienen, ya que pueden pagar más comerciales en televisión, más desplegados en periódicos, más encuestas, etcétera. La democracia neoliberal es restrictiva porque privilegia los intereses de las minorías económicamente más poderosas y margina a las mayorías más vulnerables, impidiendo con ello que todos tengan acceso por igual al quehacer político.

Los partidos–empresas neoliberales: prototipo del modelo de la democracia neoliberal

En un estudio sobre los cambios en los partidos políticos, Richard Katz y Peter Mair llegaron a la conclusión de que luego de la transición de los partidos de cuadros a los partidos de masas y posteriormente a los partidos “atrapa-todo”, en los años recientes se ha gestado un nuevo tipo de partido-cártel.¹⁷ Desde su perspectiva, las regulaciones del Estado en torno al funcionamiento de los partidos, al uso de propaganda con medios de comunicación masiva y al financiamiento han provocado una generalización de características comunes, hasta el grado que cada vez existen menos distinciones entre uno y otro partido, al mismo tiempo que todos se acercan cada vez más al Estado y se alejan de la sociedad. Al “recurrir a las subvenciones estatales, los partidos –es decir, sus líderes– se vuelven menos dependientes de los afiliados y de otros contribuyentes”.¹⁸

Desde el punto de vista de los autores, ahora los partidos caen en acciones de colusión que impiden la competencia libre, con tal de salvaguardar su propio beneficio, incluyendo sus reglas de supervivencia:

Los partidos mayoritarios, así como la gran parte de los partidos minoritarios, han formado efectivamente un cártel a través del cual protegen sus propios intereses, de tal manera que minan la capacidad de su antiguo principal –el electorado– de controlar realmente a los partidos que se supone que son los agentes del electorado. Aunque se mantiene la apariencia de competencia, en términos de su sustancia política se ha convertido en un espectáculo para el público de las llamadas ‘democracias de audiencia’.¹⁹

Coincido con los autores acerca del alejamiento de los partidos políticos respecto de la sociedad y su paralelo acercamiento al Estado, sin embargo, ello requiere una puntualización mayor, pues aquel Estado no es abstracto, general y sin apellidos, sino un Estado neoliberal dispuesto a representar abiertamente a los capitales financieros transnacionales en un esquema oli-

17 Richard Katz y Peter Mair, *Democracia y cartelización de los partidos políticos* (España: Catarata, 2022).

18 Leonel Álvarez Yáñez, “Las fuentes teóricas de la democratización neoliberal en México”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 13, núm. 42 (2008): 87, <https://www.redalyc.org/pdf/279/27904202.pdf> (consultada el 27 de abril de 2026).

19 Katz y Mair, *Democracia*, 69.

20 Rojas, “La formación”.

21 Lucio Oliver, “Revisitando al Estado. Las especificidades del Estado en América Latina”, en *Poder y política en América Latina*, coord. por Teresa Castro y Lucio Oliver (México: Universidad Nacional Autónoma de México-Siglo XXI, 2005), 74.

gárquico y excluyente.²⁰ Esos Estados neoliberales reconfiguraron a profundidad los aparatos jurídicos y políticos de los viejos Estados sociales, lo que no solo implicó la legalización de las privatizaciones, la eliminación de aranceles o los grandes rescates bancarios con cargo al erario; también trastocó los regímenes de partidos políticos.

Lo que Katz y Mair caracterizan como *cartelización de los partidos* ha sido más bien un proceso de neoliberalización. Más que partidos-cártel, lo que se constituyó fue una nueva forma de partidos neoliberales que articularon una organización empresarial, cuyo carácter central ha sido el traslado de las reglas del mercado capitalista a la disputa política, es decir, la mercantilización neoliberal de las elecciones democráticas.²¹ Los partidos neoliberales asumieron una forma de representación política particular que se enfocó en transmitir hacia el Estado exclusivamente los intereses de los grandes capitales financieros transnacionales. No buscaron representar a todos los sectores porque su interés dejó de residir en los márgenes de la nacionalidad y pasaron a enfocarse a los intereses transnacionales mercantiles. En pocas palabras, los partidos neoliberales se volvieron órganos de representación exclusiva del gran capital transnacional financiero y excluyeron los intereses de las clases subalternas dominadas. Se volvieron correas de transmisión de las clases dominantes y les dejó de interesar la representación del resto de clases sociales en una lógica de instrumentalización capitalista pragmática.

Los partidos pasaron a actuar como oferentes de mercancías-candidatos a cambio de monedas-votos y generaron intensas campañas de marketing para vender más y, con ello, obtener sus victorias. Por eso, en la actualidad los partidos neoliberales se expresan a través de modelos empresariales que persiguen el lucro del dinero, los cargos y el poder de manera pragmática, ajenos a los principios ideológicos, que sirven más bien como máscaras para encubrir que realmente persiguen sus propios intereses lucrativos y no el bienestar social, mucho menos la representación política general de todos los sectores, grupos y clases. Los partidos-empresas neoliberales generan, más bien, una representación particularizada de los intereses de los grandes corporativos, que a final de cuentas, se volvieron su sector predilecto.

Más que cartelización, aquel acuerdo recurrente que impide distinguir entre uno y otro partido es la oligopolización y la oligarquización. Dicho de otro modo: los partidos-empresas sí se coluden, pero en vez de construir cárteles, forjan oligopolios y oligarquías que controlan los mercados de votos, de gobiernos y de cargos. La competencia, efectivamente, es limitada, pero no solo en el marco de la organización interna partidista como refieren los autores citados, sino en términos de los proyectos políticos.

No hay gran distinción porque los partidos-empresas se han abocado a establecer un mismo lazo de representación de los grandes capitales financieros transnacionales, con un proyecto sustancialmente neoliberal, es decir, que desde el gobierno y desde el legislativo pugna por llevar a cabo las políticas necesarias para liberalizar los mercados y, con ello, beneficiar a los grandes capitales. En ese sentido, los partidos sí se han estatalizado, pero en clave mercantil y neoliberal, pues al neoliberalizarse, los Estados al igual que los partidos-empresas, se han encaminado a tejer un vínculo de representación exclusivamente con las clases dominantes.

El alejamiento que han desarrollado los partidos-empresas neoliberales respecto de la sociedad se debe a la importancia que tiene para ellos la ganancia monetaria. Por eso actúan tan utilitariamente en el margen del mercado. Lejos de procurar la representación de los distintos sectores y clases, los partidos se han oligarquizado, al igual que los Estados neoliberales, procurando intereses particulares en prácticas profundamente excluyentes, bajo proyectos de neoliberalización que promueven la disminución de derechos laborales de las clases trabajadoras, la eliminación de las fronteras arancelarias para los grandes capitales transnacionales, el fortalecimiento de los monopolios, la disminución del gasto público y la privatización de las paraestatales.

La falta de inclusión de las clases subalternas y de los sectores más vulnerables dentro de los proyectos políticos directrices de los partidos ha provocado justamente un déficit de representación. Los partidos se encerraron en burbujas conceptuales y se tecnocratizaron de tal manera que se vieron impedidos en comprender los problemas de la realidad cotidiana, que en

verdad les interesan muy poco, ya que en su ensimismamiento mercantilista, rompieron la lógica de representación.

Los partidos-empresas neoliberales, lejos de tener un papel de mediación entre el Estado y la sociedad civil, ahora se enfocan en el lucro electoral, siguiendo las reglas de los regímenes neoliberales de partidos. Actúan como oligopolios al fijar los cambios en las reglas de interacción mutua, pero también convirtiéndose en máquinas electorales que manejan encuestas, técnicos y propaganda exclusivamente para aplastar a los contendientes y perpetuarse en los cargos públicos. La apropiación del erario correspondiente ayuda a que los partidos políticos se coaliguen bajo el manto de protección del Estado neoliberal. A eso se debió también la pragmatización y desdibujamiento ideológico, pues lo más importante ahora es ganar a costa de lo que sea, sin importar si sus bases sociales se distancian, decepcionan o se abstienen de participar en su cotidianidad. Lo importante básicamente es que sigan votando, sin importar la actividad más allá del día de las elecciones.

Los partidos se convirtieron también en oligopolios que niegan la entrada a otros partidos, perpetuando reglas que no ponen en riesgo su supervivencia y, más aún, la continuidad del neoliberalismo como eje rector. A su vez, impiden otras formas de representación política y engeguen ante las demandas de los movimientos sociales que plantean sus demandas. A la larga, la falta de representación de los partidos políticos ha provocado el desgaste, la anulación y la ausencia de mediaciones y vasos comunicantes entre Estado y sociedad civil, lo que ha desgastado la legitimidad de los Estados y ha abierto el paso a crisis recurrentes o a despliegues frágiles de hegemonía estatal, tal como ha venido evidenciándose con los Estados latinoamericanos frente a las impugnaciones populares a lo largo del siglo **xxi**.²²

²² Oliver, “Revisitando”, 57.

Hegemonía, representación y partidos políticos

Un tema central para las reglas de las democracias liberales del capitalismo moderno suele ser el de la representación política, como una característica esencial para garantizar la legitimidad del Estado, pues es la capacidad que se

tiene para expresar las demandas y las pasiones de un grupo social, y entre mejor sea, mayor será la legitimidad y la autoridad para tomar decisiones. En ese sentido, el partido político busca tender un vínculo de representación política de ciertos grupos sociales y fungir como mediador entre el Estado y la sociedad. La ampliación o disminución de la representación política se basa en su capacidad de proyección de universalidad y generalidad. Si un proyecto político es percibido por el grueso de la sociedad como la expresión de intereses particulares, entonces es una representación acotada; en cambio, si ese proyecto es percibido como la expresión de intereses generales de la sociedad, entonces la representación política será más amplia y, por tanto, proveerá de mayor legitimidad al Estado, que sería visualizado como un representante de los intereses generales y no solo de un grupo particular.

Por otro lado, la hegemonía es la capacidad de ciertas clases y grupos sociales de dirigir al resto de clases y grupos que conforman la sociedad. Un proyecto es representativo de una clase o grupo en tanto plasma sus demandas y anhelos; sin embargo, para representar a otros más allá del partido original es necesario también incorporar sus demandas y anhelos, aunque eso implique sacrificios “económico-corporativos”.²³ En ese sentido, la construcción de hegemonía es un fenómeno que plantea la conformación de un proyecto de representación de una amplia diversidad de clases sociales, grupos y bloques de poder.

En la democracia de nuestros días, los liderazgos e individuos no se representan exclusivamente a sí mismos, sino que forman parte de entramados de los grupos a los cuales se adscriben o con los que se organizan o simpatizan. En el pensamiento gramsciano, la representación política no se agotaría en la representación individual, sino que también incluiría la conformación de representaciones colectivas. Siguiendo esa línea argumentativa, el partido político es uno de los órganos más importantes en la construcción de la representación política al ser la primera célula desde la cual los intereses colectivos de ciertas clases, fracciones, estratos y grupos sociales pueden tender a ser considerados como universales.²⁴ Desde esta visión, el partido político tiene por objetivo dirigir a la clase de la cual forma parte, pero no solo a ella, sino al resto de las clases sociales. Es un cuerpo de mediación entre el Estado y la

²³ Antonio Gramsci, *Los Cuadernos de la Cárcel*, tomo 5 (México: Era, 1999), 42.

²⁴ Gramsci, *Los Cuadernos*, 15.

sociedad para garantizarle al primero la legitimidad suficiente sobre la cual puede definir el rumbo a tomar, o sea dirigir.

Para dirigir a otras clases y grupos sociales hay que representarles, hay que expresar sus anhelos, deseos y demandas. Una manera eficaz para hacerse seguir es representar las ideas en común, las visiones de mundo, encarnando principios y simpatías.²⁵ Los grupos sociales siguen a otros si se sienten interpelados, si se sienten representados por quienes buscan dirigir. De esa forma, para que un partido específico pueda conducir al resto de las clases sociales y a la sociedad en su conjunto, necesita representar más allá de su propia voluntad particular y alcanzar los intereses generales de la sociedad.

La representación política se construye socialmente como una relación de fuerza y también de disputa y consenso, lo que dota de legitimidad al Estado porque quien dirige representa más y mejor al conjunto de los sectores sociales. Es una relación social que cambia a lo largo de la historia, que no permanece siempre igual, pues ni los partidos ni los individuos representan siempre a los mismos sectores ni tampoco encarnan las mismas demandas al infinito. La representación como relación mutua se reconfigura a lo largo del tiempo, lo cual significa que puede robustecerse, disminuir, perdurar o quebrarse.

Desde la perspectiva aquí expuesta, la crisis de hegemonía tiene un vínculo con la crisis de representación, pues en el pensamiento gramsciano sucede cuando ciertos grupos dejan de representar el interés general o universal del cuerpo político, lo que significa que la pérdida de hegemonía es cuando los grupos que tradicionalmente reconocían a ese partido como un ente dirigente dejan de ofrecerle su apoyo y su legitimidad y dejan de seguirle en su camino.²⁶ No es que una crisis de representación conlleve automáticamente una crisis de hegemonía, sin embargo, ambos fenómenos guardan una vinculación explicativa estrecha, lo que se ha reflejado sobre todo en la fragilidad de la hegemonía neoliberal en América Latina. Los Estados neoliberales viven sistemáticas impugnaciones populares porque suelen actuar excluyente y oligárquicamente. Sin incorporar a los distintos sectores y clases sociales, básicamente actúan representando exclusivamente a los grandes capitales financieros transnacionales.²⁷

²⁵ Gramsci, *Los Cuadernos*, 17.

²⁶ Gramsci, *Los Cuadernos*, 52.

²⁷ Pablo Rojas, "Fragilidades y consistencias en la hegemonía de los Estados neoliberales latinoamericanos. Representación política y cultura en el marco de los triunfos de los gobiernos de izquierda", *Revista Tlatelolco: Democracia Democrática y Cambio Social* 2, núm. 1 (2023): 163-164. <https://doi.org/10.22201/pued-js.29927099e.2023.2.1.8>.

La crisis de la hegemonía neoliberal, de los partidos políticos y de la democracia representativa

La crisis de los partidos políticos y de la representación es un fenómeno mundial que aunque se ha entendido como una falta de credibilidad, debido a la inexistencia de deliberación pública²⁸ o al insuficiente desarrollo de la democracia participativa,²⁹ lo que aquí se propone es que tiene que ver más bien con la crisis del neoliberalismo y su incapacidad para generar una nueva hegemonía duradera en consonancia con una nueva relación de representación política.

Como se mencionó en el apartado previo, la hegemonía y la representación política son dos conceptos estrechamente vinculados; uno conlleva al otro, ya que para que pueda mantenerse una reproducción constante de la hegemonía del Estado, este tiene que proyectar una apariencia de representación general de los diversos intereses de los grupos sociales. El problema es que en el neoliberalismo las políticas públicas están directamente enfocadas a beneficiar a los grandes capitales, particularmente los financieros transnacionales, y por ello, establecen una representación particularizada,³⁰ lo que conlleva una exclusión de las clases subalternas; por ello, el neoliberalismo es neooligárquico.³¹ No se busca la inclusión de las mayorías porque se gobierna en contra de ellas, con políticas económicas privatizadoras, precarizadoras, que cargan las crisis sobre las clases populares y solapan a los grandes capitales,³² tal como sucedió en el rescate bancario del Fondo Bancario de Protección al Ahorro (Fobaproa) mexicano en los 90.

La oligarquización neoliberal desde luego impacta en la forma en que se construye la hegemonía; por esa razón, se despliegan hegemonías frágiles, incapaces de incluir a las clases subalternas y desarrollar hegemonía duradera y de representación general. No es raro por eso que sean tan recurrentes las impugnaciones, las crisis, los conflictos políticos y los grandes movimientos sociales frente a gobiernos que se sordean. En ese sentido, con el cambio de los partidos de masas a los partidos “atrapa-todo” y, posteriormente, a los plenamente mercantilizados que aquí nombro *partidos-empresas*, la relación de representación política mutó. Si en el siglo xx los partidos obreros guardaban

28 Alejandro Monsiváis, “Repensar la representación, reimaginar la democracia: claves analíticas y reflexiones sobre México”, en *El malestar con la representación en México*, coord. por Jorge Cadena y Armando López (México: Universidad Nacional Autónoma de México-Ficticia, 2019).

29 Juan Francisco Reyes, “Partidos y representación política. La democracia en México del siglo xxi”, *Política y Cultura*, núm. 50 (2018).

30 Rojas, “La formación”.

31 Oliver, “Revisitando”, 70.

32 Atilio Borón, *Estado, capitalismo y democracia* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2012).

una representación de clase muy acentuada, con la neoliberalización del siglo **xxi** la prioridad dejó de ser la coherencia ideológica o la representación general y los partidos pasaron a guiarse a partir del mero pragmatismo para atraer la mayor cantidad de votos de cualquier sector posible.

En la década de los 90, la mayoría de los partidos en América Latina y México asumieron aquella representación particularizada y procedieron a su neoliberalización y mercantilización. Ganar elecciones y vender mercancías se volvieron dos palabras sinónimas, por lo que la mercadotecnia se erigió como el eje central de las campañas electorales, planteando que lo más importante era alcanzar el cargo y captar todo el dinero que deja para poder continuar en la escalada de poder. Como consecuencia, se generó una degradación de la relación de representación política, ya que las y los representantes se alejaron más de sus electores y pasaron a apoyarse preponderantemente en los instrumentos mercadológicos y las corporaciones mediáticas.

La representación política se enajenó, acentuando la separación entre Estado y sociedad, y enfrascando a los partidos, a los representantes y a los gobernantes en burbujas de cristal que les impiden comprender la realidad de los gobernados y representados, y por tanto, pierden toda perspectiva de cambio o mejora del entorno. En el fondo, el problema es que la democracia liberal representativa no promueve a cabalidad la democracia participativa, porque hacerlo implicaría reestructurar no solo el ordenamiento político sino también el económico. No puede haber una verdadera participación mientras la ciudadanía esté precarizada hasta el tuétano, exhausta de trabajar. No puede haber mayor participación sin impulsar a fondo la organización barrial, con consejos sectoriales y poderes populares que incidan directamente en la toma de decisiones, más allá de lo procedimental-electoral.

La crisis de los partidos políticos no es un fenómeno abstracto; es realmente la crisis de los partidos neoliberales y también la crisis de la democracia representativa relegada, que en México puede apreciarse a partir de la caída de los niveles de afiliación de las personas. Por ejemplo, en el caso del Partido Acción Nacional (PAN), pasó de contar con 378,838 afiliados en 2017 a 277,675 en 2023. En el mismo período de tiempo, el

Partido Revolucionario Institucional (PRI) pasó de 6'368,763 a 1'411,889, y el Partido de la Revolución Democrática (PRD) pasó de 5'254,778 a 999,249. En contraste, el partido Morena, que al menos en el discurso se ha mostrado contrario al neoliberalismo, ha crecido en sus afiliaciones de 319,449 en 2017 a 2'322,136 en 2023.³³

En términos electorales, eso también puede apreciarse en los resultados de las votaciones más recientes. En ese sentido, la primera avanzada se dio con la llegada de Andrés Manuel López Obrador a la presidencia de la república, quien arrasó en las elecciones de 2018 con 53.19 % de los votos (equivalente a 30.1 millones de votos) frente al 22.28 % del candidato del PAN y del PRD, y el 16.41 % del candidato del PRI. A su vez, ese mismo año, la coalición dirigida por su partido Morena obtuvo 43.54 % de las votaciones del senado, frente 27.54 % de la coalición dirigida por el PAN y 22.74 % de la dirigida por el PRI. En términos de las votaciones para diputados, la coalición dirigida por Morena ganó 43.50 %, mientras que la coalición del PAN obtuvo 27.65 % y la del PRI 23.85 %.³⁴ Además, ese mismo año Morena obtuvo 5 gubernaturas frente a las 12 del PRI y 10 del PAN.

Desde 2018, el ascenso de Morena ha sido evidente, y a pesar de la unión del PRI y el PAN (que hasta entonces eran los partidos más grandes), en 2024 las victorias morenistas volvieron a replicarse al punto de que en las elecciones presidenciales la coalición que dirigía ese partido, representado por su candidata Claudia Sheinbaum, aumentó a 59.76 % de votación (equivalente a 35.9 millones de votos) frente a 27.45 % de la coalición del PRI, el PAN y el reducido PRD. Algo parecido aconteció en las votaciones legislativas, ya que en las senaduras la coalición morenista obtuvo 55.17 % de votos frente a 29.93 % de la coalición PRI-PAN-PRD.³⁵ En términos de las gubernaturas fue todavía más marcado el crecimiento, pues Morena pasó de gobernar cinco estados a obtener 23 gubernaturas, mientras el PRI se redujo a dos y el PAN a cuatro.

Los datos anteriores muestran que no todos los partidos se encuentran en crisis sino solamente los partidos neoliberales, ya que su formulación ideológica y programática está orientada a una perspectiva excluyente y oligárquica que promueve que quienes gobiernan y dirigen se concentren

³³ Pedro Mellado, “En 8 años, los partidos políticos han perdido el 52 % de su militancia”, *Sin Embargo*, 16 de septiembre de 2025.

³⁴ Instituto Nacional Electoral (INE), “Sistema de Consulta de la Estadística de las Elecciones”, <https://ine.mx/voto-y-elecciones/resultados-electorales/> (consultada el 27 de abril de 2026).

³⁵ INE, “Sistema”.

exclusivamente en sus propios intereses y en los del gran capital transnacional financiero. La democracia neoliberal y sus partidos rompen las mediaciones entre Estado y sociedad porque las dejan en el último lugar de sus prioridades; por eso, lejos de proponerse la escucha de las demandas subalternas y el diálogo con sus representados, apuestan por autorrepresentarse a sí mismos, corrompiendo el lazo de gobernantes y gobernados y viciando la lógica delegativa de la democracia.

Ante ese desinterés han emergido nuevos movimientos sociales que pugnan por estar presentes a la hora de tomar las decisiones y que usan repertorios cada vez más disruptivos y a veces antisistémicos porque no se les presta oídos. Por eso, en la desesperación optan por la impugnación, no para crear mera desestabilización, sino para exigir la reconfiguración de la política y la representación de los grupos gobernantes.³⁶ La crisis de representación de los partidos neoliberales tiene que ver con su falta de interés por incluir a los distintos sectores sociales que quedan completamente excluidos de la toma de decisiones. Como los partidos políticos actúan más bien como empresas de compra-venta que se interesan solamente por sus ganancias particulares, las sociedades dejaron de ser representadas, experimentando un descontento generalizado. Debido a que los gobiernos actúan de manera oligárquica, representando solamente los intereses de unos cuantos, las clases subalternas han comenzado a demandar modificaciones y una representación política más generalizada.

Conclusiones

Como se mostró en este artículo, la democracia no es un concepto permanente e invariable, pues no ha sido igual su definición en la antigüedad greco-romana que en la modernidad, cuando adoptó un sentido liberal y representativo que, a su vez, ubicó al voto y a los partidos como los ejes de la representación. La democracia se ha ido modificando históricamente y en nuestros días ha adquirido un nuevo contenido de carácter mercantilista a raíz de las reestructuraciones económicas de finales del siglo xx.

36 René Torres-Ruiz, *En busca de la democracia. Pensando la movilización social en tiempos de grandes cambios* (México: Universidad Iberoamericana, 2020), 13.

De igual manera a como sucedió con las burguesías a finales del feudalismo y a inicios del capitalismo, las burguesías de los siglos xx y xxi estuvieron al centro de la organización de la democracia como concepto aplicado a la realidad. Ellas fungieron como el actor social primordial que, con su poder económico, influyeron en las reglas y métodos de organización de la democracia. Por ese motivo, en el presente artículo pudimos apreciar la reorganización de la democracia, la representación y los partidos políticos a partir de la expansión de los Estados neoliberales y los cambios tan abruptos que se suscitaron en los mapas de poder a lo largo del mundo. Con la entronización de los grandes capitales financieros transnacionales tuvo lugar el nacimiento de una nueva democracia neoliberal encaminada a trasladar el libre mercado al campo de la política y provocando que ahora los partidos se cobijen de una nueva codificación empresarial destinada a convertir a los ciudadanos en consumidores, al voto en moneda de intercambio y a las campañas electorales en maniobras de marketing, compra y venta.

En la noción liberal moderna de democracia, los partidos políticos surgieron para encaminar rutas de representación política en el Estado, utilizando el voto y las elecciones; sin embargo, con la reconfiguración neoliberal los partidos políticos también han mutado, convirtiéndose en partidos-empresas neoliberales que más que perseguir la representación política general de todos los sectores, están enfocados en perpetuarse en el poder porque ello les asegura réditos monetarios del erario. Además, con su nueva posición, los partidos-empresas han viciado la relación de representación política, pues al neoliberalizarse, ellos y el Estado se han centrado en representar a los grandes capitales transnacionales financieros, convirtiéndolos en los beneficiarios privilegiados de las políticas públicas.

De esa manera, los partidos-empresas se desempeñan mercantilmente y transfiguran su propia tarea representativa, restringiéndola a sectores particulares y excluyendo al grueso de la población, que al ser relegada, suele responder con malestar o sencillamente posicionándose con apatía frente a los asuntos públicos. Las protestas mundiales y las impugnaciones populares a los gobiernos son formas de evidenciar el descontento social acumulado

ante clases políticas ciegas y sordas que se niegan a atender demandas, pues hacerlo les lleva a una confrontación a veces menos a veces mayor con los grandes capitales. Las experiencias de los gobiernos de izquierda en América Latina son en parte un intento por equilibrar las demandas sociales con el Estado; sin embargo, su propia insuficiencia o fracaso es expresión de la dificultad por transitar hacia otras formas de democracia alternativas.

En ese sentido, la crisis de los partidos políticos es una crisis de representación y de hegemonía de un modelo de democracia neoliberal, que debido a su viraje mercantilista y orientado a favorecer a las clases dominantes, ha desgastado el consenso con las clases mayoritarias subalternas. Si esas clases son sabidamente excluidas de la toma de decisiones, dejan de percibirse tomadas en cuenta, por lo que se rompe la relación de representación entre Estado y sociedad. Con una autoridad desgastada, los Estados han presenciado una disminución en su legitimidad, provocando que ciertos sectores se vuelquen a buscar salidas desesperadas o irreales, lo que ha servido como un caldo de cultivo para la emergencia de fuerzas ultraconsecradoras, xenófobas, colonialistas y patriarcales.

La urgencia de reconfigurar la democracia neoliberal y transitar hacia otra forma más incluyente, participativa y representativa de todos los sectores, tiene que ver con el peligro mismo que corre ahora el concepto de democracia, pues ciertas partes de las clases subalternas, al considerar que la promesa liberal fue incumplida, persiguen otras rutas. Ya no buscan fuera del tipo específico de la democracia neoliberal, sino fuera de cualquier forma de democracia en general.

Ante ese riesgo, la ciencia política tiene que reconsiderar su idea de defender la democracia neoliberal como si fuera el único tipo de democracia posible, pues sus parámetros continúan siendo excluyentes y poco representativos. Ampliar la democracia implica, desde luego, pasar a mecanismos de participación más directa, pero también a considerar el papel que juega el vínculo con la economía. Es momento de dejar amarres fundamentalistas y apostar por una mirada innovadora que deje de percibir las clases subalternas como un peligro y las considere más como un actor clave para encontrar respuestas.